

# Horizontes

---

Arte

Literatura

Ciencia



HEMEROTECA PROVINCIAL  
SOFIA MORENO GARRIDO  
ALMERIA

REVISTA QUINCENAL

RAMÓN N. APARICIO: Director y Propietario

ANTONIO CAMPOY ALÍAS: Redactor y Gerente

## SUMARIO

	<u>PÁGINAS</u>
PORTICO. ....	1
BUSCADORES DE RADIO, por el Dr. Robert B. Taft.....	2
FRANCISCO DE GOYA, por Eugenio d'Ors.....	3
CUESTIONES DE CABEZA, por «Saali».....	4
CANTON CHECA, por Celia Viñas.....	5
A BORDO DEL «FLASH», por Antonio Cano.....	6
EL «INDALISMO».....	7
ALABANZA DEL SONETO SIN MENOSPRECIO DEL MADRIGAL, por Pedro Juaristi.....	9
DIVAGACIONES SOBRE EL CINE ESPAÑOL, por A. Manuel Toquico.....	12
ÍNTIMA, por J. M. <sup>o</sup> A. de Sotomayor.....	13
EN TORNO A LA NOVELA «NADA», por L. Ugort	14
LA VIDA ESPAÑOLA A TRAVÉS DE LAS REVIS- TAS, por Luis Ubeda.....	15
CAMPOS DE ALMERÍA, por Manuel Faura So- riano.....	16
UN POETA ALMERIENSE EN EL ORIENTE EX- TRÊMEO, por J. A. Martínez de Castro.....	17
EL TOBOSO, por Juan Martimar.....	18
TINIEBLAS, por J. Pérez Soto.....	18
ESTAMPAS ALMERIENSES, por F. Manzano de Castro.....	19
ACTUALIDAD DEL FUTBOL ESPAÑOL, por Eme Erre.....	20

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: REYES CATÓLICOS, 4

AÑO I

NÚM. 1

7 Abril 1946

ALMERIA

# Horizontes

REVISTA QUINCENAL DE ARTE, LITERATURA Y CIENCIA

## PÓRTICO

Al iniciar las tareas de publicación de un órgano que aspira a dar a conocer fuera de los límites de nuestra provincia los valores que en ella existen, no nos mueve sino la animosa empresa de hacer cuanto humanamente es posible para superar nuestro propio ambiente, y al mismo tiempo, procurar a los valores efectivos con que nuestra tierra cuenta, un instrumento inmediato para exponer sus puntos de vista, que sirva a la vez para conocer como se reacciona fuera de aquí ante ciertas cuestiones. «HORIZONTES» tiene esta esperanzada pretensión: ser un instrumento de mediación para la presentación, análisis y comentario de los sucesos transcendentales en Letras, Artes y Ciencias vistos desde Almería. Por que esta ha de ser ante todo una revista de los almerienses, en cuanto que somos capaces de estar ligados a otros núcleos que figuran en el primer término en muchas cosas sobre las que nosotros también tenemos algo que decir, aunque sea a nuestra manera.

Algunos consagrados escritores de los que integran el sumario de esta revista, penetrados del hondo sentido de ella, no han tenido por menos que ofrecérsenos espontáneamente para que nuestra pretensión de ligar espiritualmente nuestra provincia a otras no deje de ser un hecho. Al darnos generosamente su colaboración, comprendieron cuan loable era nuestra pretensión, nuestra pretensión de que Almería no esté envuelta en una murria cobarde, hoy que todo es resurgir y el capacitado encuentra vasto campo para desarrollar su valor. Por que es un hecho tangible el que en la nueva España, la que surgió el 1.º de Abril, encuentra protección aquél que la merece y que, además, hace algo por merecerla. Y siendo tan prometedora esta realidad, ¿no es lástima que Almería, pródiga siempre en valores, esté apartada del movimiento innovador y lleno de vida que da fisonomía ejemplar a la auténtica España?

...Si hasta hoy la apatía impidió dar vida a una empresa tan animosa como la nuestra, hoy queremos empezar una nueva etapa en la vida espiritual almeriense, abrir un auténtico camino por el que, al caminar decididamente, se pueda llegar hasta la conquista efectiva de los más lejanos horizontes...

Sea el primer saludo de esta revista que hoy nace para nuestro Caudillo, el hombre que auna sus actividades estatales a una verdadera y sentida preocupación por que la continuidad de las señeras tradiciones espirituales de nuestro país, a las que nos consideramos ligados, sea un hecho.

Así mismo saludamos y nos ofrecemos al Excmo. Sr. Gobernador Civil y demás autoridades de Almería, de quienes esperamos el estímulo y la asistencia necesarias para que nuestra intención resulte lograda.

# BUSCADORES DE RADIO

Por el Doctor ROBERT B. TAFT

El Radio es una espada resplandeciente, pero de dos filos, que esgrimen los médicos contra ciertas enfermedades. La más insignificante partícula que desaparezca no solamente resulta de costosa reposición (el radio vale 24.000 veces su peso en oro puro), sino que se convierte en grave amenaza para quienes accidentalmente se pongan en contacto con sus radiaciones. De aquí que los hombres de ciencia hayan inventado instrumentos sumamente ingeniosos para recobrar las partículas extraviadas.

El radio se maneja siempre en proporciones tan extremadamente pequeñas, que los médicos no pueden evitar la pérdida eventual de una partícula. En el tratamiento del cáncer, rara vez se emplea una cantidad superior a 100 miligramos, o sea lo suficiente para cubrir la cabeza de un alfiler. Es necesario, además, dado su mínimo volumen, mezclarlo con sales pulverizadas y aplicarlo en tubos y agujas de platino o de plata y de espesor sumamente delgado. Pero tales instrumentos no impiden que a veces se pierda este gran agente curativo. Por los propios médicos sé que se han registrado 107 casos de pérdidas de radio en los últimos años.

Mediante el empleo de instrumentos extraordinariamente ingeniosos, que se conocen con el nombre de «Buscadores de radio», se han obtenido asombrosos resultados. Uno de estos instrumentos, el electroscopio, consiste en una lámina de oro que tiene uno de sus extremos adherido a un tubo de metal y el otro libre. Se carga de electricidad el tubo, y la lámina de oro, repelida de la varilla metálica, queda formando ángulo recto con ella. Cuando se acerca el instrumento a una partícula de radio, ocurre una descarga parcial de la electricidad, y la lámina de oro tiende a inclinarse. Si el instrumento se coloca muy cerca del radio, la lámina de oro recobra su posición normal.

En el año 1942, en el Hospital Presbiteriano de Newark, se recuperó una pequeña aguja de plata que contenía radio por valor de mil dólares, mediante esa varita mágica del siglo XX. La aguja se había caído accidentalmente en un montón de vendajes usados. Vino a notarse su falta cuando ya se había arrojado toda la basura al incinerador del hospital. La aguja de plata que contenía el preciado mineral, se había derretido por completo; pero como el radio es virtualmente indestructible, el mineral se encontraba todavía intacto en medio

del fuego. Se enfrió el horno, se fueron sacando con todo el cuidado las cenizas en cubos y colocándolas debajo del «Buscador de radio». Al sacarse el vigésimo tercer cubo, la lámina de oro se movió y se inclinó. Unos cuantos minutos después la búsqueda había terminado con todo éxito.

Apenas se da el aviso de que se ha perdido una porción de radio, todo el mundo se pone en movimiento. Se hace una búsqueda preliminar en el laboratorio valiéndose de un pedazo de willemita o bien de un fluoroscopio. La willemita es un mineral fluorescente, que brilla al contacto de las radiaciones. La reacción del fluoroscopio es muy similar; pero ninguno de los dos procedimientos es efectivo, salvo a muy corta distancia del radio. Si fallan ambos procedimientos, se apela a los «buscadores» que son mucho más sensibles.

Algunas veces, cuando el electroscopio de láminas de oro no es suficiente, se emplea el contador de Geiger-Mueller. Las emanaciones de radio, al actuar sobre este complicado instrumento, producen impulsos eléctricos, que, ampliados por un altavoz, se escuchan como un tictac. Con este instrumento se puede descubrir la presencia de 20 miligramos de radio a 45 metros.

Curando a un enfermo, un médico de un hospital canadiense perdió una cápsula que contenía 50 miligramos de radio. Se averiguó que había ido a parar al alcantarillado. Le trajeron al médico los planos de la red de cloacas. Armado de un contador Geiger-Mueller, el médico inició su recorrido en el hospital y siguió lentamente el dedalo de albañales. A la mitad de la tercera calle, comenzó a escucharse el tictac del contador. Conforme avanzaba el médico, aumentaban los golpecitos en volumen y en rapidez. Por fin, el médico comprendió que se hallaba directamente encima del radio extraviado. Un obrero descendió por el registro más cercano y recobró la cápsula.

Hace unos cuantos años, en un hospital de Sioux Falls, una enfermera colocó momentáneamente una aguja de radio en la mesa de operaciones. La aguja se pegó a un pedazo de esparadrapo que luego se arrojó a la basura. Cuando se descubrió la falta de la aguja, ya se había llevado la basura del hospital a un criadero de cerdos situado a 65 kilómetros de allí. Dos médicos se dirigieron inmediatamente a la granja y comenzaron a registrar innumerables montones de basura con sus

(Pasa a la pág. 8.)

1746 - 1946

## FRANCISCO DE GOYA

— POR —  
EUGENIO D'ORS

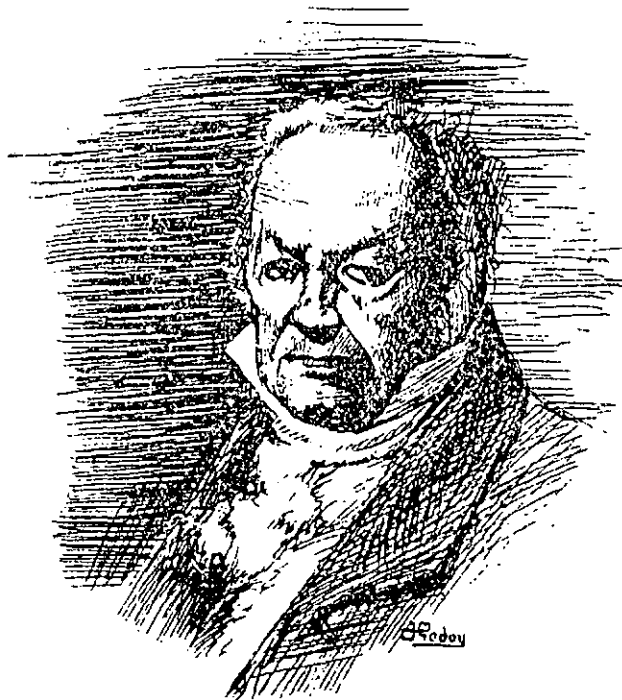
Con la infabilidad del instinto, con algo de la trayectoria de un proyectil disparado, sale Goya de Fuendetodos y va, rápido y derecho, a clavarse en el corazón de la gloria... ¡Atención! Hay aquí un hecho que no se ajusta con demasiada facilidad al cuadro y cuadrícula de las calificaciones usuales. No se trata de potente grandeza; no se trata de llegadizo atrevimiento, tampoco. Inútil la tentativa de justipreciar tanto éxito con la cifra de una valorización moral. Aparte del mal, aparte del bien, nos aparece, en lo biográfico, el acontecimiento Goya. No más allá del uno o del otro, sino por debajo de los dos; inasequible a la mordedura conceptual

de los dos. Debajo del bien, debajo de la mente, como el instinto está por debajo del espíritu, y la geología de la historia.

El viajero metropolitano que hoy se llega de excursión a Fuendetodos advierte en seguida, a poco de parar la mirada en esta pobre, amarillenta, baja granulación de lo geológico, con unos hombres dentro y, encima, un cielo desnudo e impávido, que, al genio nacido aquí, por un querer de Dios, sólo podían quedarle dos caminos: o hundirse en el polvo o plantarse de un salto audaz y decisivo en lo más eminente. O someterse a la originaria fatalidad o pisotearla sin reparo. O creerse sin ningún derecho a abrogárselos todos. O enmudecer, hosco, o dar un grito que oyera el mundo entero. O encorvarse encima del terrón o engallarse en la Corte, y en Roma, y en París. O bailarle el agua al sacristán o plantar cara al Rey. O emparejarse en el yugo con la mula o emparejarse en la aventura con la duquesa.

Goya gritó, Goya dió el salto. Tranquilo, esto sí. Con aquella incontrolable, incontrarrestable fuerza que da el no dudar. Lúcido, el designio; tenaz, la energía; vivo, el avance; el mirar, claro. Sin articular el alegato, puesto que se situaba fuera de la razón; sin invocar el precedente, puesto que no se media con nadie. Llevaba el genio como las entrañas del varón llevan la vida, y el fuego, la muerte. Por naturaleza, sin más mérito, sin más ley. Gratis. Sin pago, sin contraseña, sin gestión. «¡Pase!», dijo su Ángel de la Guarda, cuando el genio de Goya entró en el gran teatro del mundo.

Entró y se sentó. Estaba por poner que se arrellenó. Ha-



bla tomado el primer lugar y, desde el primer lugar, tosió alto. Nadie supo hacerle objeción, nadie le chistaba. En toda su vida, sólo en dos ocasiones sorprendemos a la fortuna en trance de cicatería o de regateo. Una, de muy joven, cuando lo del segundo premio o accésit en el concurso de Parma. Otra, ya maduro, con la de la sordera. Pero, aun en estos dos episodios de imperfección, en estos dos aprietos del destino sobre el colmado racimo de su vivir, ¡que licor de victorial! Su obra de concurso reparanla los jueces, no del mallograda, como se suele con trabajo de aprendiz, sino, al contrario, de lograda excesivamente, de excesivamente con-

sumada y habilidosa en la perfección, de «académica», para soltar la palabra. Así el postergado pudo reír del dictamen y acrecer todavía la seguridad de sí mismo. En cuanto a la sordera, el encargado de superarla resulta el mismo malhumor. El genio, en este punto, deriva al mal genio. La invalidez se le vuelve un instrumento más de tiranía. Tenía ya todos los derechos; y he aquí que gana otro, sobre el prójimo disminuido, el derecho a obligarle a levantar la voz.

Sólo el accésit, sólo la sordera, digo. Que ni la vejez ni la muerte tienen en su existir sabor de derrota. La vejez respeta en él dilatadamente las arrogancias, incluso la misma arrogancia del amor. La muerte, fracasada ante él, le encuentra ya instalado en pleno y soberano disfrute de la inmortalidad. No se produce, respecto de Goya, el fenómeno habitual y conocido de un lapso de silencio, de olvido, de injusticia, que acompaña a los últimos años, se agrava con la desaparición y persiste en el período que viene tras éste, como fría antesala a las revisiones de la posteridad justiciera. No. Situado ya en primacía desde mucho, el gran pintor continuaba en primacía en la hora del postrer suspiro. Esta primacía ha llegado a nosotros, en tradición no quebrada, casi sin tocar... «El pincel de Goya», decían, en antonomásica ponderación, los contemporáneos de la muerte del artista. La expresión vive aún. Tiene aproximadamente la intangibilidad de un proverbio. Anda escrita en todos los libros, por que ya lo estaba en todas las estrellas que, el 30 de Marzo de 1746, brillaron sobre cielo desnudo de Fuendetodos.

# CUESTIONES DE CABEZA

INJUSTA CRÍTICA  
LITERARIA

Si, como opina un amigo mío, es importante todo lo tocante o perteneciente a la cabeza, pocos asuntos habrá de más importancia que este, que, no ya a una, sino a muchísimas cabezas pertenece y *toca*, aquí donde tantos andamos *tocados de la cabeza*.

Y ¿a quién no le dá vueltas la suya y hasta se le va en este continuo *cabeceo* de nuestra nave por los revueltos mares de la humana *jaqueca*?

Consignemos con dolor—de cabeza, por supuesto—este dato importantísimo de la estadística *capital*: Los pueblos que tienen más cabezas son los que sufren, naturalmente, más dolores de ellas... ¡Y qué numerosa variedad tenemos! Abundan las *redondas*, por mas que escaseen los puritanos, y las tenemos de *apóstol*, aunque no andan muy católicas. Hay en la literatura varias de *partido*—peinado—, en el teatro muchas de *familia*, en todas partes las de los *revolucionarios*, y, sobre todo, desgraciadamente, las *calvas*.

Aunque por la costumbre de *tirarnos los trastos a la cabeza*, nos rompamos alguna de vez en cuando, no haya miedo de que se nos acaben tan pronto en una tierra en que no se descabeza mas que el sueño; gastan cabeza desde los alfileres hasta los ajos, y con ser muchísimas las de *ganado*, aún dicen que son más abundantes las de *perdido*.

Mas con ser ellas tantas y tan distintas, todas las de persona están conformes en seguir el precepto de Hipócrates en el famoso *Capítulo de los sombreros*, citado tantas veces por el burlón de Moliere, y en todas partes, así en la propia cabeza de San Juan como en el mismísimo Cabeza de Vaca... y, claro está, se advierte a simple vista que toda aquella que aspira a ser *cabeza visible* comienza por taparse...

¿Quién dijo que cabeza loca no quiere *toca*? Locas y cuerdas preocupanse, sobre todo, del *tocado*. Lo mismo el desdichado que *no levanta cabeza*, que el incorregible calavera que *no la sienta*, procuran a todo trance cubrirla. La más alta prerrogativa de los grandes de España era la de ser *cubiertos*. Y es prueba de amabilidad y cortesanía decir al que nos saluda *cúbrase usted*.

Por mucho mérito que concedamos a los *descubrimientos*, consideramos el cubrimiento cosa más importante y difícil, y la prueba es que nosotros, que logramos *descubrir* América, aún no hemos podido cubrir nuestra propia *tiña*...

Aquí ya se cubren los más grandes *cabezones* y los más insignificantes *cabecillas*, y tal vez de esto proceda la nunca bien ponderada importancia de las prendas de cabeza, desde la humilde *monterilla*, hasta el más empingorotado sombrero de co-

pa, con lo que tiene realidad aquel colmo que hablabla de una cobertura cubriendo una cobertera...

¡El sombrero de copa! Guillermo Tell, que se negó a saludar al sombrero de Gesler, hubiera cedido, quizá, si el tirano hubiera puesto en la plaza el chambergo de uno de nuestros caballeros. El sombrero de copa no tiene sustitución, y es, por tanto, una prenda de *servicio obligatorio*. Sabido es que algunas personas celebraron en ocasión ya lejana su glorioso centenario. Pero colguemos en el perchero esta *disgresión* y volvamos al asunto.

¡Ah, señores!... ¡Ah, qué cándido y qué miope sería quien no acertara a ver en estas brillantes prendas otro oficio que el de saludable abrigo o vanidoso adorno sin penetrar en el alto simbolismo que encierran! *El sombrero de tres picos* del resucitado Alarcón, *El sombrero de copa* del gracioso Vital Aza, pueden, sin duda, igualar en importancia y transcendencia a otras *tapaderas*, *fundas* y *vainas de cabeza*, que se hicieron históricas. Que se le compare a los sombreros del motín contra Esquilache, a la boina de Zumalacárregui, a las mantillas de cusco de nuestras damas goyescas y hasta con las mismísimas *amapolas del 73*...

Lejos de mi cabeza la idea de censurar o regatear lo más mínimo la autonomía de cada uno para meter la suya en el artefacto que más le acomode. Reine la variedad de las formas y colores sobre la triste monotonía de la moderna indumentaria, para mayor aumento y esplendor de la ultrajada belleza. Por que ¿quién podrá dudar de que para algunos calvos es magnífico taparse con un sombrero cualquiera?

Sería lamentable que el ejemplo siguiera cundiendo como ha empezado ya, inspirado, a no dudarlo, en algún *moderno clasicismo*, que, a su vez, habrá sido plasmado del griego, por ejemplo, por que a mí nadie me quitará de la cabeza que todos estos actos son de helenismo puro...

Me encanta la Antología en calidad de *syndeticón* para pegar lo roto y despegado—unificación de ella misma—, y si tengo una *sopera*, pongamos por caso, y se me rompe, por desgracia, empleo mi tiempo en recoger los pedacitos, mi paciencia en irlos *scoplundo* y en todo ello el *syndeticón* para que quede magnífica la obra sin haberme calentado mucho la cabeza. Claro que contra este remedio está la intervención de algún cabezón verdadero que coja la *sopera* y la lance al suelo haciéndola mil añicos...

Mas por algo se dijo que por gustos y colores no hay que disputar. Dejemos a cada cual usar y hacer lo que le venga a la cabeza, ora sea por lo primero—gorra, monterilla, o sombrero de copa—ora por lo segundo—sopras y hasta vajillas completas. Después de todo no hemos de evitar que mucha gente viva de gorra, y que otra mucha se ponga el mundo por montera...

SAALÍ



LOS JÓVENES

# CANTÓN CHECA

Divagación con y sin literatura  
ante tres estampas almerienses

Son unos cuadros silenciosos. Los de Cantón Checa. Aquí, en el joven pintor, las cosas no hablan. Ni este viejo hombre de mar apoyado como un muñeco en su barca. Es el silencio el que nos lo dice todo. Todo del joven pintor y de la vieja Almería. Apoyada en su barca. De nuevo la segura, la tajante verdad de la paradoja. El silencio nos va a decir todo. ¿Recordais aquella soledad sonora del clásico? ¿Aquel silencio atravesado por el susurrar dulzarrón de las abejas? Aquí, en Cantón Checa, también algo espeso y azucarado. ¿Conocéis al pintor. Es un muchacho que habla muy poco y parece incluso no escuchar. Tiene una frente y unos labios muy personales. No recordamos sus manos. Es un hombre que se siente respirar dentro de su silencio. Un poco petulante de pulmones. Magnífico tipo para una novela almeriense. Seguimos pensando en una abeja enorme, dorada, rubia, borracha de sol, usateando el silencio de esta tarde larga de viento, larga de polvo de nuestra tierra del Sur.

Por esta calleja no pasa nadie, este cortijo está solo y la barca tiene sí, un compañero, pero un amigo quieto y mudo. Mira, os mira y se ríe de vuestras palabras de artistas y de vuestra crítica inteligente. Creer en los críticos de arte, es como creer en el «Discurso del Método». ¡Ay, Señor! ¿Y Aristóteles? ¿Y Horacio? Eugenio d'Ors puede pasarse las horas que quiera en el Museo. Lo que después nos dice, lo que no nos dice está muy bien. Pero, ahora, nosotros, ¿vamos? ¡Sus! ¿por qué no nos metemos por esta calleja? ¿nos sentamos junto a esta pared blanca, a la sombra única de un árbol único, almeriense. —¿Un árbol? Sí. Un árbol—¿Por qué no le habláis a este hombre de mar, viejo por el mar? El callará. Naturalmente. Como su autor. Yo le conocí mudo, esquivo pintarrajeando, preocupado por un azul, una sombra azul, allá en la bajada del cerro de San Cristóbal, donde hay moscas verdes y sombras azules. Tenía un aire gustoso de obrerillo en vacaciones. Le dí mi dirección por si quería «idocarme» algo y no me hizo caso. Un no se qué de animalejo enfino le ennoblecía, la mirada baja, más que soñadora, «ensoñarrada». Como si tuviera algo que decir y se callara. Y allí se está buscando su azul. Así lo he metido en mi novela. Yo creo que le falta petulancia. Estos tres momentos de Almería—el mar, el barrio, el cortijo—pueden tener pictó-

ricamente una vez de veinte, cincuenta años. También gusta la madurez y lo redicho ¿no? ¡Ah! Pero el silencio es de ahora. Un silencio intacto, frutal. Es muy fácil pintar y que las cosas hablen por sí mismas, solas. Pero hacédlas callar en un cuadro y aquí con esta terrible luz del Sur. Patinaréis caminando por el alma de un espejo. Dicen que promete Cantón Checa. Sí, promete. Pro ¿callará siempre él? ¿callarán sus cosas? ¡Ah! Porque tiene ya sus cosas. Esencialmente sentidas como tierra, aire, sol, mar. Ved estas nubes y este muro y estas hojas y los hombros del pescador tienen su hora y su calendario. Y su rosa de los vientos. Luz de domingo o de jueves. Todo un regodeo de contemplador en silencio y decirle—¡chist!—a la melodía del verde o del azul. Llegará a doler este silencio de Cantón Checa como una amputación? Las barcas en el rinconcillo del fondo, aquel horizonte llano, el ángulo de la calleja... Duele ya. Me duele ya, como duele Almería entera, dolorosa Almería, del silencio que ha sabido pintar un joven, Cantón Checa, un muchacho que se pelea con las

sombras azules cuando los profesores de literatura pasean por las callejas a la busca y captura de sonetos. Lector te ahorramos el soneto, pero ahí tienes los tres cuadros de Cantón Checa.—¡Sus! Adentro. Emborráchate de silencio y de soledad.

CELIA VIÑAS OLIVELIA

Almería 2 abril 1946



## A BORDO DEL "FLASH"

(CASI UN CUENTO)

El yate se habría camino bravamente por entre un mar encrespado, de sucio color verde, embalsado de témpanos de hielo que la quilla apartaba a ambos lados con sordos chasquidos, como de cristales quebrados. La costa noruega, brumosa e inhóspita, se denunciaba a lo lejos por un espesamiento de niebla, a modo de cinta tendida en los confines del mar y el cielo. El sol de medianoche alumbraba la fantasmagoría del momento; y era muy triste, muy fría y muy bella su luz. El tañido de la campana anunciando la cena, espantó a la bandada de gaviotas polares que posaban en el cordaje (las de la antena parecían notas de un pentagrama imposible, musicalización de la lúgubre voz del viento). Los escasos pasajeros abandonaron sus camarotes y se dirigieron al comedor.

El salón resplandecía en un desacostumbrado alarde de luces y cristalería. Silenciosamente fueron tomando asiento alrededor de la bien puesta mesa; mister Lumdsen, el anfitrión, a la cabecera.

Acababa de ser consumido el tercer plato cuando se abrió una puerta de servicio, y el Capitán, llevándose una mano a la visera en rígido saludo castrense, entró, se llegó hasta mister Lumdsen, puso unas palabras en su oído, repitió el saludo y abandonó el comedor.

Mister Lumdsen consultó su cronómetro de pulsera, y tras de tomar un sorbo de agua y secarse los labios con forzada lentitud, se puso en pie. Los comensales estaban prendidos a él por el hilo de la atención.

—Discúlpeme—comenzó—el que no aguarde a los licores para hablarles, pero según acaba de anunciarme el Capitán, en este momento doblamos el Cabo Norte. En realidad, aquí concluye idealmente nuestro viaje, pues lo que nos queda por navegar es a través de un mar tan inglés que ir por él resulta intrascendente, como remontar el Támesis en una tarde de asueto. Hace algo más de tres meses cruzamos estos mismos parajes en dirección inversa, y llevábamos en el ánimo una avidez de sensaciones que deseo se hayan logrado en ustedes como en mí...—Hizo una pausa, ordenando ideas, y prosiguió—. Soy amante de la Naturaleza, pero gusto vivirla acompañado por que detesto la soledad. Cuando preparaba este viaje, medité mucho antes de elegir mis invitados. Un impulso altruista me decidió por ustedes, gentes de ciencia a quienes la deficiente posición económica vedaba tan interesante itinerario como este del remoto Bajo Yenisey. Perdonen la rudeza con que me expreso, mas no hablo así por remozar agradecimientos, sino buscando la compensación: yo les ruego que uno a uno y en las menos palabras posibles, a modo de compendio, expongan

los resultados de sus trabajos e investigaciones. Si como espero, los frutos obtenidos están acordes con el vasto campo en que hemos operado, sentiré la satisfacción de haber sido útil a la ciencia y a Inglaterra. Miss Austen: a usted, única representante de su sexo, cedemos la palabra.

Mister Lumdsen se sentó. Y miss Austen, la ornitóloga, aceptó la invitación con una inclinación de cabeza. Se incorporó. Por su nariz ganchuda y sus ojos diminutos, hundidos bajo el arco ciliar, dijérase un raro ejemplar del reino de las aves, que ella estudiaba.

—Ciertamente que vuelvo contenta—dijo—. El objetivo de mi máquina capturó las más curiosas costumbres de los alados, y mi libro de notas está repleto de datos importantes. No he descubierto ninguna especie nueva, pero en cambio, y como resultado máximo de mi labor, tengo la preciosa observación de que el *pluvialis apricarius* anida hasta en los 68° 2', lo que me permitirá corregir a Seébohom, que fijaba el límite septentrional de su área nidificante en los 67° 5'. ¡Estoy satisfecha!

El doctor Clive, afamado antropólogo, expuso que, el vodka y las enfermedades venéreas diezaban al pueblo ostiako en proporción tal, que según sus cálculos, transcurridos diez años estaría representado tan sólo por siete individuos y una fracción decimal de otro.

E. Waters, entomólogo, disertó pesadamente sobre el ciclo larvario del mosquito siberiano.

Mister Knayston, el economista, enjuició las posibilidades madereras de la Taiga.

Y así sucesivamente, en ronda insustancial, todos volcaron sobre el mantel el verbo inútil de sus impresiones. Cuando el último por la izquierda hubo terminado, mister Lumdsen se levantó de nuevo. Sus ojos azules, bajo el influjo de una ira mal reprimida, recordaban al acero.

—¡Qué lástima de viaje! Casi cuatro meses y cruzar cientos de millas han sido necesarios: a miss Austen, para descubrir que el chorlito dorado hace su nido un poco más al Norte de lo que se creía; a mister Clive, para predecir que los ostiakos se extinguirán rápidamente; a mister Waters, para observar que el mosquito de Siberia es larva dos días más que su congénere europeo... ¡Y a qué seguir enumerando! ¡Qué lástima de viaje y de ocasión desperdiciada! La próxima vez me rodearé de poetas y pintores, tan inútiles como ustedes, pero que al menos, saben ver las cosas y expresarlas.

E iracundo, abandonó el comedor.

Salió a cubierta. El huracán gemía en las jarcias y una golondrina de marrozaba las olas con su larga cola ahorquillada.

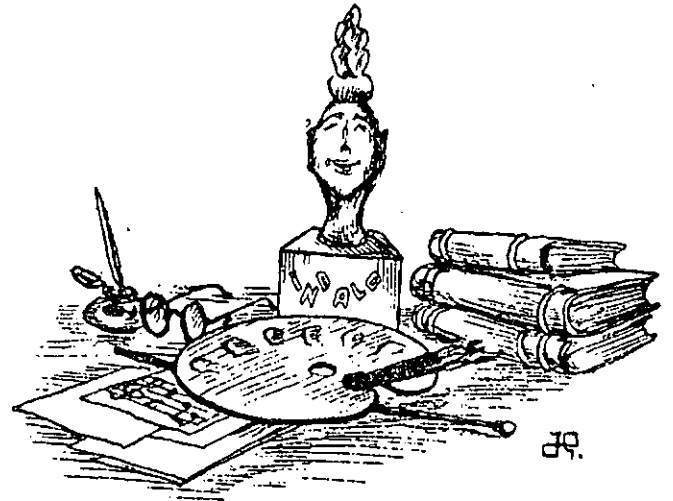
Los témpanos eran mínimos, inexistentes casi.

ANTONIO CANO



# EL "INDALISMO"

UNA ESTÉTICA ALMERIENSE  
QUE  
ADQUIERE ECO NACIONAL



Tenemos la seguridad de que a ninguno de nuestros lectores habrá pasado desapercibida la aparición y las actividades de la Tertulia de Artistas y Escritores de Almería.

Agrupados en ella los valores más destacados de nuestra vida artística no se han limitado a reunirse con el pretexto de realizar un cambio de impresiones limitado y personal, sino que hasta ahora han llevado a cabo con cierta frecuencia una serie de actos cara al público, los cuales fueron iniciados con una Velada necrológica dedicada a los pintores Zuloaga y Sert, ampliada a la evocación de las figuras de Solana y Hugué. En aquella Velada hicieron uso de la palabra los Sres. Cuadrado Ruiz, Director de nuestro Museo Arqueológico, quien hizo una evocación biográfica del pintor eibarrés; el poeta Faura Soriano, quien dedicó una de sus más estimables composiciones al pintor; el Licenciado y Profesor Fernando Ochotorena, que plasmó en unas cuartillas todas las dificultades y muchos de los problemas que Sert hubo de resolver al ejecutar las pinturas de la Catedral de Vich; el escritor Gómez-Tello, redactor jefe del semanario «Primer Plano», quien en un lenguaje de indudables cualidades de crónica trascendente, hizo la evocación periodística, en un modelo de exposición de la categoría de ensayo, a la actualidad ante la desaparición de Hugué, Solana, Zuloaga y Sert, que la Catedrática Srta. Celia Viñas vino a cerrar con un estupendo estudio sobre los «fondos de los cuadros de Zuloaga», que fué completado con unas glosas breves y de hondo contenido de Luis Ubeda. Esta Velada fué completada con las proyecciones y el comentario a estas del pintor Jesús de Perceval y las composiciones pianísticas del maestro D. Juan Baranyi. Reunión que sirvió de norma a la que mas tarde, el sábado 16 de Diciembre dió el pintor y escultor Jesús de Perceval para desenvolver su tesis acerca de una «nueva estética indaliana» que ha motivado una polémica formal de prensa y ha sido y sigue sien-

do tema de discusión para cuantos se interesan por estas cuestiones. Tesis desconcertante pero con un contenido positivo: el de haber puesto sobre el tapete la necesidad de dar satisfacción en una forma u otra a inquietudes que están relacionadas con toda la esencia de los valores culturales.

Y en los primeros días del año, como reunión de exámen de la labor desplegada en el de 1945, se celebró una Velada cumbre, en la que hicieron uso de la palabra los Contertulios Santiago Granados, Valles PRIMO, crítico de arte aquel y crítico del diario YVGO, este de la sección de espectáculos, que con el Sr. Cuadrado Ruiz y Jesús de Perceval, no se limitaron a un examen de la labor pasada, sino también a anunciar la continuidad de la vida de la Tertulia.

Esto fué confirmado con ocasión de la Velada celebrada en 27 de Enero en homenaje a la memoria de D. Juan Millé y D. Florentino de Castro, valores destacados y positivos de la vida literaria almeriense, cuyos méritos fueron realzados por Salazar Salvador, en representación del Excelentísimo Ayuntamiento de Almería, cuya Delegación de Cultura ostenta: García Bellver, Faura Soriano, Fernando Ochotorena, Luis Ubeda y la Srta. Celia Viñas, quienes de un modo u otro, con distintos aspectos, pero con pleno conocimiento de las cuestiones, trazaron la silueta, examinaron, glosaron y agotaron los motivos de admiración y respeto a los homenajeados, completísimos en cuanto se refirieron a la personalidad poética de D. Florentino de Castro al pasar por la sensibilidad y la preparación de Celia Viñas Olivella.

Mas tarde, bajo los auspicios de la Tertulia, dió un recital en el Teatro Apolo, el poeta Felipe García, cuyas condiciones para la poesía parodista no han sido aún apreciadas totalmente, pero que indudablemente merecen por lo menos un estudio por que es un intento de traslación de la expresión romántica al humorismo actual, en forma poética

y, por tanto, con unas enormes posibilidades de popularizarse.

Más tarde, aprovechando la presencia en esta del actor de cine Antonio Casal, se dió oportunidad a este para que hiciese una apreciación sobre el «Indalismo», que aún cuando no aportó nada nuevo a la entraña de la cuestión, dió ocasión para que el popular artista luciese su ingenio.

Fué la Tertulia quien propuso, en unión de otros elementos, la celebración de un homenaje por el Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad, en honor del compositor Padilla, figura de la música ligera, pero en quien es de apreciar un indudable genio que manifiesta las influencias y la nostalgia de su propio origen, lo que se vé confirmado en un «Himno a Almería» que el maestro ofreció al Ayuntamiento y que dará lugar, al estrenarse, a una manifestación de simpatía en favor del maestro José Padilla.

En 3 de Marzo inauguró la Tertulia su Exposición-Mercado de Dibujos y Acuarelas, manifestación distinta que, asimismo obtuvo un éxito arrollador, puesto que en primer lugar, el público colmó en muchas horas el Salón en que se celebraba y se conseguía, por primera vez, que los trabajos fuesen arrebatados por el público, quien adquirió 32 de las 36 obras expuestas. Aparecían en ella los trabajos de la juventud indaliana, los pintores y dibujantes, Alcaraz, Cañadas, Cantón Checa, Godoy y Capulino, Molina y Muñoz López, acompañados de Jesús Perceval, Gómez Abad y don Juan Cuadrado. Manifestación artística que fué clausurada con una Velada en la que el Catedrático de la Escuela Normal de Maestros, D. Antonio Relaño, pronunciaba una de las más expresivas charlas de este maestro de la oratoria, trazando con una original tesis estética una no menos original visión de los problemas del arte a través de su historia. En la misma velada el Contertulio Fer-

nando Roda, daba lectura a una carta abierta dirigida a los actores que días antes habían representado la obra de Thornton Wilder, «Nuestra Ciudad», bajo la dirección y con la cooperación de la contertulia Srta. Celia Viñas, representación teatral que daba ocasión para pulsar el interés de nuestro público y más aún de la juventud almeriense por los problemas del arte escénico, convirtiendo la preparación del ambiente y la interpretación de la obra en un acontecimiento total.

Pertenecientes a la Tertulia son asimismo Francisco Gomiz Peinado y Tomás Zárate, que con la colaboración de elementos de distinta valía y procedencia, han sido los que han llevado sobre sí el esfuerzo de la preparación de unas representaciones de las obras clásicas de la zarzuela española «La Verbena de la Paloma» y «Gigantes y Cabezudos», que con las obras cómicas de este último «La Afición» y «Sin Palabras», tendían a rendir homenaje a valores almerienses ya desaparecidos.

Asimismo es digna de mención la labor del Contertulio José M.<sup>o</sup> Peña, zaragozano y periodista adaptadísimo a nuestro ambiente, quien en la dirección de la obra «María Stuardo» y en otras, ha puesto en relieve su enorme afición y preparación e indesmentible experiencia.

Es decir, que la vitalidad de los componentes de la Tertulia, no se manifiesta exclusivamente dentro del ala, sino que prueba que se encuentran incluidos todos los valores de Almería, aspecto que fué puesto más y más de relieve al desarrollarse la discusión acerca del «Indalismo», en la que es de destacar la crítica y oposición acertadísima del escritor Antonio Cano, los trabajos de defensa de Fernando Ochotorena, Luis Ubeda y Jesús de Perceval, (de éste son las «indalianas» e «indálicas» que como piedras disparadas con honda venían a chocar contra la superficie frágil del ambiente).

## BUSCADORES DE RADIO

(Viene de la pág. 2.<sup>a</sup>)

electroscopios. A la mitad de la búsqueda, comenzó a moverse la lámina de oro, que recobró su posición vertical momentos después, a pesar de que el electroscopio no se había movido de lugar. Esto mismo ocurrió varias veces antes que uno de los médicos notara que la lámina se movía solamente cuando los cerdos se acercaban hociqueando. Dividieron los 500 cerdos de la granja en varios grupos. Repitieron el exámen hasta que la lámina volvió a moverse. Finalmente se aisló un cerdo. Se llamó a un carnicero... y se recobró el radio extraviado.

Un gramo de radio vale 25.000 dólares. Como

cada día se emplea más el radio en medicina, ha aumentado la fabricación de los «Buscadores de radio». En los Estados Unidos se utiliza ya una veintena de ellos. Los hombres de ciencia se afanan por aumentar la sensibilidad y la precisión de estos aparatos. ¿Han dado buenos resultados los instrumentos actuales? De las 107 pérdidas de radio que he mencionado antes, se ha logrado, mediante el empleo de «Buscadores de radio», recobrar toda la cantidad extraviada en 59 casos. En 11 se recobró sólo parte de la misma. El radio recobrado de esta manera, representa varios millares de dólares en efectivo, y, lo que vale más, la eliminación de un grave peligro para todo ser humano que inconscientemente se hubiese acercado a tan formidable mineral.

# Alabanza del Soneto sin menosprecio del Madrigal

## Descargo en favor de un acusado ante el "Tribunal Literario"

Leí hace días en «El Español», las horrendas, las draconianas acusaciones tejidas en torno a un ser indefenso e inerte. Alud de dicerios, apocalíptica catarata de injuriosos conceptos en cuya voráGINE se debatía convulso y extenuado el Soneto, prócer y esplendente.

Atraído por sus lamentos y sintiendo arder en mi interior esa llamarada quijotesca que espontáneamente brota al contemplar cualquier desafuero, no he podido sustraerme a la tentación de romper una lanza en favor de ese pobre Soneto, caído en desgracia, maltrecho y vilipendiado, y una vez recogido el guante; lanza en ristre, a lomos del indómito Pegaso de la Fantasía, apretémonos a sostener cruenta pugna con el furioso debelador de las acrisoladas virtudes de la «nuova rima».

Ese dolette heresiarca de las Letras, que es Fray Angel Herrera, atacado de «Sonetofobia fulminantis» (valga el vocablo) esgrime el escarpelo de su cáustica pluma complaciéndose sádicamente en destrozarse el prestigio y primacía que a través de los tiempos han venido uncidos al yugo de ese fruto exquisito del Parnaso.

Pasando por alto las oleadas de fango que lanza al rostro de ese metro tan conocido como bello, trataremos de esbozar someramente, unas cuantas ideas, tomadas al azar, en la pretensión de rehabilitar el buen nombre de esa joya literaria.

He dicho joya literaria y no me retracto de ello aunque el pío Fray Angel frunza el ceño y haya de sufrir los ataques de sus iras.

El soneto es bello. Innegablemente.

Al decir que el soneto es bello hago abstracción de sus virtudes concretas y personales. Prescindo de los valores positivos que tal o cual autor pudiera infiltrar en sus versos.

Así considerado en abstracto, el Soneto es bello y también lo es el Madrigal.

¿Por qué no?

(Lo cortés no quita lo valiente).

Se me dirá que hay sonetos malos; muy malos. Malísimos.

También hay Madrigales y pareados y rondallas que adolecen de idénticos defectos.

Ahora bien, el Soneto considerado como obra artística, libre de prejuicios y suspicacias, encierra en sí bellezas inmarcesibles que no poseen cualquier otro género de composiciones poéticas.

En sus catorce versos, ora radiantes y augustos como espadas bruñidas; ora dulces y suaves como céfiro pueden plasmarse los más diversos matices de la Belleza; las más variadas formas del Ideal.

«Un buen soneto vale tanto como un largo poema». Es esta una verdad tan palpable y meridiana que no requiere demostración.

En Poesía, como en cualquier otro género de la actividad intelectual del hombre, preferimos la intensidad, la profundidad del concepto y por ende del medio de expresión, a la extensión del mismo.

A la verborrea vacua y petulante oponemos el laconismo hermético y austero.

¿De qué sirve escribir poemas interminables que nadie, (ni aun el propio Job) serían capaces de leer?

Yo también he claudicado ante los cantos de sirena de la Diosa Poesía.

Escribo versos muy malos, justo es reconocerlo, y puedo asegurar con el aplomo que me da mi experiencia que es más fácil escribir un largo poema que una corta composición.

Cuando el campo es extenso se pueden amplificar los conceptos y andarse mariposeando en divagaciones y arabescos; que conducen al rebuscamiento y la monotonía; lo cual no ocurre cuando hay que concretarse a un espacio limitado y por tanto aquilatar, sopesar y ensamblar los conceptos substanciales, la médula pura del asunto despreciando oropeles y hojarascas.

En este sentido me permito afirmar que el Soneto vale tanto como un largo poema, por kilométrico que sea éste.

Porque el Soneto es síntesis y levadura; piedra filosofal de los Alquimistas del Numen, quintaesencia

cia maravillosa destilada en los alambiques del Arte.

Puede opinar como guste el Sr. Herrera.

Carcujéese si lo tiene a bien; pero nunca podrá convencerme con sus sofisticas argumentaciones ni demostrarme tangiblemente que estoy en un error.

Además, repetiré con el vulgo, aun a trueque de pasar por Sancho pancesco y asaz plebeyo, este —ciego proverbio— oro de ley celosamente guardado en las arcas repletas de la Diosa Paremiología: «más vale poco y bueno que mucho y malo».

El soneto es bello, perfecto.

Aún conserva la fragancia y lozanía de las rientes campiñas tendidas al borde del Adriático que le vieran nacer; de los altos picachos caños y majestuosos de la idílica Italia donde meciose su cuna.

En su entraña palpitan el fuego y la eurytmia de ese pueblo artista que le nutrió con su sangre y su alma.

El Soneto es brioso y arrogante. Como un veterano de las legiones de los Césares, como un «Condottiero» audaz y cortesano.

Tiene la grácil elegancia de una galera veneciana y el arrullo cadente del «Mare Nostrum».

Y se le fustiga, se le ridiculiza, sirve de escarnio y befa ¡Oh manes de Petrarca! ¡Angeles tutelares de Boscan y Garcilasol!

¿Cómo osais tolerar tamaña ofensa?

López y Góngora, Quevedo y Herrera... y cuántos cultivásteis ese género eterno de la belleza eterna, ¿dejaréis impune tan aleve blasfemia?

¡Motejar al soneto de coco y perdonavidas, de fanteoche y esperpentol!

Le acusan de engolado y enfático, de laberíntico y pedante.

Tales acusaciones no dejan de ser calumnias vulgares nacidas al calor de no sabemos qué recónditos despechos.

En cuanto a las dificultades de que nos hablan retóricos y preceptistas para su ejecución, habremos de conceder que no son tantas como para hacer flaquear el ánimo de los esforzados poetas ni deben tomarse tan al pié de la letra.

«Ju medio virtus.»

No es una empresa de titanes escribir un Soneto, pero tampoco digamos que está al alcance de cualquier hortera aquejado de «monomanía rimatora» o de cualquier histrión ambulante que compone en vulgares parecidos aleluyas y romances truculentos.

Componer un buen soneto ofrece indudablemente mayores dificultades que escribir una simple redondilla o una vulgar décima.

Hay que ser conciso y elocuente. Expresivo y diáfano. Rítmico y certero y todo eso en el breve espacio de catorce versos. Catorce surcos donde

el poeta ha de arrojar la semilla de su genio para que florezca la cosecha ubérrima del Ritmo y la Armonía.

Llaman usurpador al Soneto. Yo pregunto ¿qué títulos ha usurpado? ¿Qué dignidades y prebendas ostenta ilegítimamente?

Si existe una jerarquía definida dentro de la familia literaria ¿quién si no él mismo; sus excelencias y bellezas unánimemente reconocidas por sus rivales, le han dado tal primacía?

De él pudiera decirse que vino, le escucharon y venció. Y desde entonces ha paseado en clamoroso triunfo por todos los ámbitos; y le han aclamado los poetas; y le han admirado los espíritus sensibles, y en la cumbre misma del Olimpo el Divino Auriga le ha erigido un ara, perpetuando de este modo sus astrales glorias. Y así como el Sol es el centro del sistema planetario, el Soneto es el astro al cual confluyen con magnéticas ansias las demás composiciones

¿Que en la fama del poeta no influyen el que escriba o no Sonetos? Psch... Pase.

Pero mayor será su mérito si los escribe, pues que con ello demostrará que posee mayor caudal de conocimientos; más formas de expresar sus sentimientos y sus ideas.

Si un artista pinta desnudos o bodegones sin cultivar otros géneros ¿podremos decir en conciencia que es un pintor completo?

¿Domina todos los secretos de su arte? ¿Explota sus ilimitadas posibilidades? Creo que no.

Podrá ser un especialista en su género, un consumado paisajista o retratista, pero no un artista polifacético siempre nuevo.

Hay que sentir el acicate de la propia superación. Gustar todos los géneros. Asomarse a todos los horizontes; y más aun, en la Poesía que nos ofrece medios más asequibles de satisfacer nuestros anhelos de evolución y progreso.

Se puede ser poeta y no escribir sonetos como se puede ver, siendo tuerto o andar con un solo pié. También los analfabetos vegetan y arrastran su calvario por este mundo. Nadie les exige que sepan leer o escribir y sin embargo esta ignorancia les privan de innumerables beneficios.

Y en cuanto a que la miseria es la eterna compañera de los humildes hijos de las musas, pobres en caudales, si bien ricos en ilusiones, es algo tan universalmente conocido que no exige la exégesis.

Los sonetos podrán no llenar las bolsas exhaustas de los plácidos soñadores pero ¿acaso la llenaron alguna vez los Madrigales?

¿Que el Madrigal excede en mérito al Soneto? ¿Y por qué?

Desearía saber las razones sobre las que sienta el Sr. Herrera su tesis, porque he releído su artícu-

lo de uno a otro cabo y, dicho sea con sinceridad, no las he encontrado.

Me cita unos cuantos madrigales para robustecer su aserto. Uno de ellos, aquél que acaba: «*que tanto puede una mujer que llora*» es por su estructura, si mal no recuerdo, un primoroso Soneto del Fénix de los Ingenios. Un Soneto. Uno de esos pobrecitos Sonetos tan abucheados y zaheridos que no sabemos por qué motivos se ven hoy expuestos a la vergüenza pública.

Yo también podría citarle infinidad de Sonetos tan buenos, por no decir mejores, que los madrigales indicados.

Me bastaría hojear las obras de cualquiera de nuestros esclarecidos escritores y con ellos podría formar un ramillete fragante que ofrecer a los paladares delicados, a los espíritus selectos, capaces de saborear las exquisiteces de las bellas obras.

Porque aunque Vd. no lo crea Rvdo. Fray Angel, hay muchos y muy buenos sonetos en nuestra Literatura.

Sin hablarle de los producidos por autores extranjeros podría citarle a manera de florilegio unos cuantos de los más populares.

¿Qué me dice Vd. de esta joya lírica y emotiva, verdadero lamento desgarrado que se escapa del alma pecadora, libre de las cadenas del pecado?

*No me mueve mi Dios para quererte...*

¿Y aquél otro de humildades pleno, en el que el hombre se inclina trémulo ante la Divinidad triunfante y generosa?

*Cuando en mis manos, Rey eterno os miro...*

¿Y el dolor del padre que al morir el hijo idolatrado, pierde un jirón de su alma, reflejado en este otro soneto? «*Este de mis entrañas, dulce fruto...*»

¿Y el sarcasmo y la ironía, y la sal y la agudeza lucianesca puestas en este Soneto del mordaz propietario de la Torre de Juan Abad? «*Erase un hombre a una nariz pegado*».

¿Y los Sonetos de Rubén, y de Rueda, y de Villaespesa, y de N. Alonso... y de tantos otros vates que embellecen las páginas de nuestra poesía?

Reflexione distinguido Sr. y no vuelva a incurrir en el delito de ofender al Soneto con sus burdas fanfarronadas, si no quiere ser cogido en algún centro benéfico, pongamos por ejemplo, una casa de orates.

Sería conveniente recordar aquella fabulita de Fedro en que habla de la hambrienta vulpeja y de las tentadoras, como inaccesibles uvas.

Y a la vez, contando con su buena acogida, le relataré un cuentecito tan veraz como elocuente: Unos palurdos, venidos de no sabemos donde, tal vez de las Hurdes; tal vez de la Alcarria, concibieron el proyecto de contemplar cuanto de importante hubiese en la Ciudad.

Deambullaron por una y otra calle; admiraron las bellezas de los edificios públicos; la simetría y buen gusto de los parques y jardines; concurren a unos y otros espectáculos. Y un buen día vinieron a dar con sus huesos maltrechos y azarandeados en un Museo de Pinturas.

No sabemos qué impresión les produjo contemplar tanto y tanto cuadro colocados unos tras otro, lo cierto es, que, al cabo de unos momentos, una vez perdido el miedo al silencio y a las graves miradas de aquellos austeros varones que, desde los lienzos les miraban con inquisitivo semblante, comenzaron a expresar en voz alta su fastidio y su desencanto.

Y mirando las huesudas y etéreas figuras que el divino Cretense plasmara en las telas, le decía uno a otro: ¡Miá tú, que mamarrachos! ¡Afíjate en aquél tío de la derecha que paice un arenque ahumaol! ¡Y pensar que haiga a quien le gusten estos monigotes!

Pa pintá bien, el tío Cerilo, el albeitar del pueblo que tié pintao en la puerta su casa un caballo y hasta paice que relincha y da coces.

Y como decía el fabulista... «*Adscribeve hoc debebunt exemplum si lei*».

A los Altos Jueces del Tribunal Literario señores Cossío y Marquerie y Sassone.

Rodamarito y Minos... y cuantos asumisteis sobre la tierra la terrible responsabilidad de velar por la equidad y la justicia: Ante vosotros presento mi humilde defensa. Tal vez no sea lo persuasiva y elocuente que tan incóico «reo» se merece, pero me consideraré magnánimemente recompensado si con mi aportación, tanto más sentida cuanto más modesta, consigo destruir algo de la leyenda negra que se ha forjado en torno del Soneto, incurriendo su autor en el delito de lesa Majestad, para con quien es Patriarca y Soberano del Ritmo y de la Estrofa.

Pese a quien pese.

PEDRO JUARISTI



# Divagaciones sobre el cine español

## CARTAS ABIERTAS A D. PÍO BALLESTEROS

### CARTA PRIMERA

Muy Señor mío: Como cada día que se sucede nos sugiere algo nuevo, yo, glosando cuanto usted dijo en «El Español» del 16 de Marzo, sentí deseos de exponer los juicios que sobre el cine español tengo. A ello me alientan sus palabras, ya que, si mal no recuerdo, usted decía que en vez de artículos derrotistas o libelos de mal gusto sobre nuestro cine, lo que deseaba era que alguien le «precisara con puntualidad los defectos de sus películas para intentar corregirlos». No seré yo, ciertamente, quien tal haga, pues que no soy crítico, pero sí trataré de exponerle lo que, a mi juicio, el cine español tiene de bueno y de defectuoso, y para ello no me revisto de más títulos ni de más honores que aquellos que me dá mi personalidad de expectador, es decir: de formar parte de ese público para quien se hacen las películas y que, según creo, es el único que tiene derecho (y nadie puede negarlo) a discernir sobre lo que vé, aunque para ello no cuente con los elementos de crítica que la prensa exige. Pero, repito, las películas no se hacen para los críticos, sino para el público que las paga. Claro que usted podrá argüir que soy un mentecato al pretender exponer individualmente cuantas ideas, juicios, sensaciones, etc. tiene una colectividad, pero vaya en mi defensa esto: que ni soy escritor, ni pretendo serlo, y mucho menos sentar cátedra de crítica, y que lo único que me alienta a escribir estas líneas es el buen deseo de que a usted llegue la opinión de un aficionado al cine, que quisiera ver el mejor de todos en España.

\* \* \*

Creo que es el cine la obra más vasta que existe (o puede existir) de un conjunto estético. En él se encuentra encarnada como en ningún otro sitio la teoría más admitida que hay sobre lo bello, es decir: la unidad en la variedad de las cosas. Es más, en el cine puede encontrar marco aquella pintura estética que los clásicos definieron como *imitación*, «imitación de la apariencia sensible de las cosas», definición esta que algunos calificaron de infausta. Por que ¿en qué otra obra (y valga la palabra) puede mostrárenos mayor conjunto estético, y en qué otro marco podemos admirar mayor número de bellezas que en el cine? Esto es rudimentario, ya lo sé, pero para llegar a cuanto pre-

tendo, he de pasar por estas cosas, de usted tan sabidas.

Los primeros elementos de juicio que se le presentan al expectador cuando ve una película, son aquellos que lo son casi todo en ella, es decir: la escenografía, la acción y el argumento.

En el cine español, el escenario no se ha liberado aún de su ascendencia teatral. Aún está enmarcado dentro de la noble estrechez de su antepasado el teatro. En éste, los decorados que representan exteriores siempre están regidos por una uniformidad monótona, y en el cine (en «algunas películas» se entiende) también se puede comprobar que el paisaje está aprisionado al objetivo de la cámara, pudiendo ser, creo yo, la cámara la verdadera prisionera del paisaje.

En los interiores también encuentra el expectador algo que no le cuadra. Siendo el cine una «imitación sensible» de aquello que representa (y valga la paradoja), pudiera muy bien darnos un cuadro real de representación, y de esa forma no tendríamos que lamentar esa acumulación de detalles que pesa casi siempre sobre el cuadro. En la vida real nunca se encuentran, o por lo menos casi nunca los encontramos. Ejemplo de esos detalles: Si la acción se desarrolla en un marco andaluz, nunca falta en la estancia una guitarra, ni tampoco se ven libres las paredes de cerámicas y cobres. Yo, por qué no confesarlo, soy andaluz y en muchas casas andaluzas he estado y casi nunca he visto tal profusión de «andalucismo». Sé que existen en algún viejo palacio de Sevilla o de Córdoba. Claro que usted me podrá argumentar que en las películas en que todo esto vimos se hacían indispensables los detalles que hemos sacado a relucir y otros muchos. No le niego razón, pero sí me cabe preguntar que si en todas las películas es de todo punto necesario tal profusión. Eso creo yo que es un vicio que bien pudiéramos llamar amaneramiento igual al que adolecieran nuestros clásicos del ciclo romántico, es decir: que por no dejar ni un detalle de los que integraban el cuadro de sus composiciones, recargaron éstas de tal forma, que basta leerlas para comprender que la realidad está en ellas algo desfigurada.

El escenario, señor mío, es lo más interesante

(Pasa a la página 16)

# ÍNTIMA

*Virgenes Inmaculadas  
y Virgenes Dolorosas  
vi en altares coronadas  
en oro y piedras preciosas.*

*Pero al rostro de María  
no hacen falta a la cabeza  
coronas con pedrería  
para realzar su belleza.*

*Dá a mi alma más dulzura  
y más Su pureza evoca  
y anima más Su hermosura  
la sencillez de Su toca.*

*Como al Dios Omnipotente  
no hay oro ni piedras finas  
que más adornen Su frente  
que una corona de espinas.*

*Yo prefiero la oración  
que mudo el labio silencia  
y hablan solo al corazón  
dictados de la conciencia,*

*puestos los brazos en cruz  
en el místico deléite  
del templo a la vaga luz  
de una lámpara de aceite.*

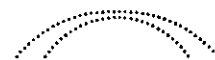
*Y ungirme en gracia divina  
en esa grata penumbra  
donde mi alma adivina  
lo que la luz no me alumbra.*



*Y así, ¡ver la Inmaculada  
sobre una nube de tul  
de blanco lino tocada  
y envuelta en su manto azul,  
y a Jesús Omnipotente  
envuelto en grises neblinas  
sublimizada Su frente  
con la corona de espinas!*

J. M.<sup>a</sup> A. DE SOTOMAYOR

Del libro inédito «Místicas»



# EN TORNO A LA NOVELA "NADA"

## DE CARMEN LAFORET

Por L. UGORT

Cierta apreciación aparecida entre nosotros acerca de la novela «Nada», nos obliga a intentar la defensa de esta obra, defensa quizás un poco fuera de actualidad porque otros acontecimientos literarios han venido a desplazar la atención del lector.

Ignacio Agustí, J. Ramón Masoliver, Teixidor, Vergés y Rafael Vazquez Zamora, jurados del premio «Eugenio Nadal», concedido a la novela comentada ahora, poseen cada uno por sí la solvencia literaria suficiente para poder designar con cierta indiscutibilidad como tales jurados, las cualidades de cualquier trabajo, siendo prueba de ello la acogida que el público ha hecho a la obra seleccionada por ellos para premio «Destino» 1944.

Quiero significar con esto que en primer término no ha sido el público innominado, cuyas apreciaciones sobre los méritos literarios son discutibles, ni una exagerada propaganda editorial, quienes han proporcionado esta aureola a la obra de la Laforet, sino que ha sido un grupo de escritores quien la ha destacado como merecedora de un determinado galardón y esto la aparta de ese género de producciones cuyo éxito no está a su vez justificado.

Desde luego el criterio estético-literario profesado por este equipo de escritores «destinistas» difiere del sustentado por los escritores del centro. Su postura es más amplia, más europea, más próxima a las modernas concepciones de la creación literaria. No han pretendido en ningún momento encerrarse entre los cuatro muros de lo puramente peninsular para conseguir un mínimo de realizaciones, tal como ha ocurrido con los escritores que figuran en la vida literaria madrileña. El grupo barcelonés ha continuado recogiendo las voces procedentes de otras partes, de Alemania, Francia, Italia, Inglaterra, etc. y realmente a través de su semanario, sus creaciones individuales, sus traducciones y sus intervenciones en edición, han conseguido ligar al lector español con la vida literaria del exterior.

Todas estas circunstancias fueron decisivas para escoger la obra de Carmen Laforet para otorgarle el primer premio «Eugenio Nadal». «Nada» aparece construida intencionadamente con un gran conocimiento de la técnica literaria empleada por los mejores escritores europeos, reflejando un ambiente. No hay que olvidar que el «clima» en que se desenvuelven y viven los personajes en la novela de Carmen Laforet, es el de la ciudad barce-

lonesa; es más, los sitúa y centra en un domicilio que el paseante puede identificar. La casa de la calle de Aribau existe realmente y en cierto modo «realmente» existen también los personajes de «Nada». No quiere esto decir que cada uno de los protagonistas puede ser señalado con el dedo y nombrado en voz baja. Todo personaje de novela no es sino una síntesis de tipos y rasgos de carácter aplicados a un héroe literario.

El «clima» barcelonés, el de la ciudad inquieta, multitudinaria, llena de múltiples aspectos de vida que no se dan fuera de allí, hace posible la existencia de tipos como los descritos por la Laforet. Esa especie de amoralidad en que aparecen sumergidos los personajes no es cosa extraordinaria allí. A esta posibilidad ha añadido la escritora, con gran talento, un modo de conducirles que se aproxima al estilo de ciertos escritores rusos. Es decir, que ha actuado en su creación con un gran conocimiento de recursos literarios que la separan de nuestras novelistas «rosa» y, sobre todo, ha utilizado la gran tradición del realismo literario español para desenvolver su tesis novelística.

«Nada» es la revelación de una gran escritora. Acaso el asunto en sí, su desarrollo y su desenlace sin fin no complazca a ciertos núcleos de lectores que aprecian la apacibilidad y los finales con felices perspectivas en sus lecturas. «Nada» no pertenece ciertamente a este género y es sorprendente que algunas de sus páginas haya sido creada por una muchacha de veintitres años. Toda la obra encierra las suficientes perfecciones, (también tiene páginas menos cuidadas), no para decidir a un jurado sino para movilizar además la pluma entusiasta de «Azorín», buen saboreador de trabajos ajenos.

Es posible que las circunstancias de publicidad que acompañaron su aparición hayan podido desorientar a muchos núcleos de lectores a quienes no complace la literalización de ciertos ambientes sustentando un criterio mal dispuesto, por razones de índole literaria o de otro tipo, acerca de lo que imaginaban una novela de estilización del género rosado, por ser su autora una estudiante y escritora novel, siendo así, que la aventura barcelonesa de Andrea es agria, dramática y trabajada con los recursos y la técnica del realismo español bien trabado con el que es usual entre los escritores europeos, formando una creación que esencialmente no hace sino anunciar la revelación de una escritora de excepcional talento.



## LA VIDA ESPAÑOLA A TRAVÉS DE LAS REVISTAS

Las revistas actuales, ¿pueden ser como el espejo a lo largo del camino que solicitaba Stendhal para definir el carácter de la novela? Las publicaciones, o el conjunto de ellas, ¿dan con cierta exactitud la imagen de nuestro tiempo y de nuestra vida de ahora?

Tal vez todo esto que se quiere insinuar no sea valedero, pero lo que sí resulta cierto es que el carácter de las revistas mismas se ha modificado en España, para buscar lo entrañable, lo selecto y dejando de lado para siempre la truculencia, hasta poder encontrar en cada una de ellas como un propósito de síntesis de lo que a cada uno importa, con el matiz que a cada cual interesa, aun tratando de temas generales y al margen de toda especialidad.

Pues, ¿no es síntesis de la vida política (y en lo político se halla definido e incluido lo más complejo y vital de todas las manifestaciones, que es el desenvolvimiento de la vida nacional), ese admirable «Español» que en todo momento, desde su fundación, ha sido punto de forzosa referencia para acertar en las directrices y el matiz de esta última época, precisamente en ese período sinuoso, trascendente y desconcertante de la gran guerra última con sus etapas cambiantes, que recogidas y comentadas por el órgano de la «política y del espíritu» han dado orientación a los españoles que han hallado intérprete y guía fiel en las páginas de el «Español»?

De la misma procedencia, con una vestidura fácilmente reconocible, limitado en los temas, lo que confirma el propósito de síntesis, en las páginas de «La Estafeta Literaria», recibida y comentada por los lectores de Almería con un interés creciente, pues que alguna vez hallaban en ella el reflejo de ciertos aspectos de nuestra vida y de nuestros hombres, seguida con menor o mayor agudeza desde las páginas dedicadas a provincias, todo un periodo, un momento crucial diríamos, de la vida intelectual española ha sido presentado y en ella artes, poesía, circo, cine, literatura, biografía, bibliografía, anecdotario y vida literaria extranjera, han obtenido comentario acertado, amplio, un poco tendencioso quizás, (en cuanto puede ser tendencioso lo que se refiere a la vida literaria y artística) que «La Estafeta» ha recogido con un mejor y más benemérito propósito de concertar que de desconcertar, labor que merece ser continuada ya que, hasta cierto punto, ha servido para dotar a unos y otros, artistas, escritores y público, de una conciencia de lo que a la vida artística

española se debe y de lo que esta, a su vez, debe satisfacer, librando a la curiosidad muchas cosas importantes y también ese movimiento «postista» que como nuestro «indalismo», no expresa más que una urgente necesidad de incorporarse a la actualidad universal, sin perderse el carácter y sin olvidar la pureza de nuestros medios y puntos de partida: la fuerza creadora de España y sus provincias y provincianos, que objetivamente podremos encontrar siempre en cualquier movimiento de índole artística, por audaz y alejado que parezca y se dé.

Y en «Fantasía», esa otra revista de formato sencillo y una intención que no quedó malograda por la accesibilidad que se quiso dar a las gentes nuevas, sino por que la diversidad y calidad de otras y la fuerza misma de los acontecimientos que superaron a las creaciones de tipo imaginativo, ¿no encontró el lector un terreno propicio para pulsar y conocer las cualidades de las creaciones literarias actuales?

Y aún place más y más cada día el repaso de los números de cada «Vértice» que vamos conociendo, la revista que llegó ya hecha del campo nacional con un alarde tipográfico, de presentación y calidad del comentario que con un matiz inigualado proporciona categoría casi idéntica a la moda que a la literatura, a las artes que a la precisión de un relato personal, a la entrevista que a un catálogo de piezas de museo, a la recensión sobre cultura popular que a la visita a un gabinete de estampas...

Con otras orientaciones más peculiares, dotada de un indesmentible espíritu de grupo, va viniendo a nosotros «Destino», el semanario barcelonés, trayendo en cada número un aspecto nuevo, una adjetivación original, intensa y preocupada por todo lo que el público cree ser símbolo apreciable de un tipo de civilización: vida urbana, crítica, política de tendencia identificadora, valoración justa de las creaciones estéticas y sus autores; matices, matices de cosas a las que hay que seguir constantemente para no perderles el hilo y la cuenta, por que de pronto se esfuman o se transforman infinitamente en otras cosas, en otros nuevos valores y aspectos distintas de lo que empezaron a ser y la psicología se convierte en periodismo, la danza en drama, la ópera en cuento corto, el acuerdo municipal en novela y un sencillo concurso literario en acontecimiento nacional.

LUIS UBEDA

# CAMPO DE ALMERIA

¡Oh tierra comprobada!...  
 Otra vez tan en mí, suavemente,  
 dándome los informes de Septiembre,  
 tu gracia concedida  
 y el parto interminable de tu entraña.  
 Te vivo entre mis ojos...  
 Tu recuerdo, dispuesto a liberarme  
 de realidades hoscas,  
 se apetece naciente y recobrado  
 en toda su diversa permanencia.  
 Se remansan en tí,  
 aprendidas canciones incansables  
 en altura de amor y de atractivo.  
 Yo estoy aquí añadido,  
 alta sombra fugaz y adoradora  
 convocando tus planos, normas, vuelos,  
 la forma del cortijo y su detalle,  
 lo poseído de tus imponentias.  
 Qué montaña. Qué río miradísimo  
 —residencia de espumas—  
 donde la viva madurez del sol  
 lo ceñía magnífico y escueto.  
 En esas tierras frescas  
 —dolor o plenitud endurecida—  
 estuvimos unánimes, vividos.  
 Aquí aprendió mi boca,

sabores remitidos por la aurora...  
 Continuas sensaciones  
 encontradas tal vez, tal vez buscadas..  
 Aquí donde he soñado,  
 proclamo tus andadas maravillas,  
 me delato cantor de tu distancia  
 y exclamo, corroboro tu hermosura  
 incorporado a tus espigas lentas.  
 Las hierbas pudorosas y el momento  
 sereno, removido por el agua,  
 me desviven de amor, me posesionan,  
 y me liberan trascendidamente.  
 Por eso esta mi voz participando  
 de tu apoyo preciso  
 ¿pero donde cantar tu perduranza?  
 Cantarla siempre hasta sentirla inmensa,  
 como un astro de tierra  
 que se fuera acercando hasta nosotros.  
 Oh campo—devoción continuadora --  
 manjar agigantado, esclarecido,  
 donde cosas arguyen, huelen, hacen.  
 Te dedico mi amor irrestañable,  
 aunque la flecha alzada de mi voz  
 sobre mi propia frente repercuta.

manuel faura soriano

## Divagaciones sobre el cine español

(Viene de la pág. 12)

que en el cine debe haber, ya que él es encargado de trasladar al espectador junto al lugar de la acción y, por tanto, para que el que ve una película no sienta el traslado, sino que, inconsciente, viva unas horas la vida que pasa en la cinta, ésta tiene que poseer la naturalidad necesaria para que ese fenómeno se verifique sin que se de cuenta el espectador. Es decir: Que en el cine debe procurarse que el público no mire al compañero de butaca sino que viva unas horas alejado del medio, y esta vida no puede dársele mas que una realidad estable y precisa, o por lo menos aparente. Esto como ya Vd. comprenderá, no significa que la película hay de basarse en un tema real, no: Lo único que se da a entender es que se lleve al ánimo del público un estado de compenetración con lo que está

viendo. Ya sabe Vd. que incluso en una cinta de dibujos tiene que existir ese ambiente de realidad, aun dentro del fantástico cuadro del desarrollo.

Terminando sobre este punto, le diré que mientras exista un solo espectador que sin esforzar mucho su imaginación pueda vislumbrar al tramoyista trabajando en el escenario que se presenta, y mientras que en los marcos tomados de la naturaleza misma no se encuadre algo de una misma naturaleza, no habrá ni un solo individuo del público a quien no moleste la luz de las diabladas y, por tanto, no existirá una película capaz de haber conseguido el primordial objeto del cine: la apariencia sensible de las cosas.

\* \* \*

Bueno, D. Pío, hasta mi segunda carta, que será muy pronto.

A: MANUEL TOQUICO

## UN POETA ALMERIENSE EN EL ORIENTE EXTREMO

MANUEL ROMERO, en Manila



*A la buena memoria de don Florentino de Castro y Guisasa, aular insigne de una Antología de Poetas almerienses.*

¿Cuántos le conocen?... ¿Quienes, aquí, han leído sus poesías?...

Muchos son los almerienses ilustres cuyos nombres se desconocen en su tierra natal, que no rinde a su memoria el aplauso y la admiración que en justicia merecen.

Pertenecía Manuel Romero por su madre, una Batallá de Aquino, a una familia ilustre de nuestra provincia que ha dado otros dos poetas exquisitos por fortuna recordados y enaldecidos, aunque no tanto como sus merecimientos requieren: Miguel Giménez Aquino y Paco Aquino Cabrera. Nació en Almería y joven deambuló por el mundo sin alcanzar la realización de sus aspiraciones, y al final con una credencial marchó a las Islas Filipinas, y en Manila bien pronto se dio a conocer publicando en diversos periódicos sus poesías, de elevados tonos patrióticos unas, dulces y melancólicas otras, algunas festivas, y todas nobles en la intuición y en la forma—jamás escribió su pluma una precocidad ni una insidia—que le valieron el aplauso y la estimación de los españoles y de los filipinos.

Manuel Romero y Batalla de Aquino escribió en Manila su *Romancero filipino*, cantando en levantados y bellos versos las glorias de España en el descubrimiento de aquellas islas, lo que le dió en todas ellas la popularidad y la admiración entusiástica que significa el hecho de que sus romances eran aprendidos y recitados de memoria por numerosas personas, estimándose que el *Romancero* debía adquirirse para su lectura obligatoria en las escuelas públicas del archipiélago. Tal era su mérito.

Y hay que tener en cuenta que por las circunstancias en que se desenvolvía la vida en aquellas latitudes y época era muy poco propicio el clima, como se dice ahora, para apreciar labores poéticas, tan extrañas y distintas de las positivas realidades.

Así Romero, después de dejar abundantísimas muestras de su inteligencia, de su cultura y de sus sentimientos en las mejores publicaciones de las islas, murió pobre en noviembre de 1894.

La prensa filipina lloró su muerte, haciendo constar que el malogrado poeta «dejaba en el mundo de las letras un vacío bien difícil de llenar»; el Ayuntamiento de Manila acordó dar—y cumplió el acuerdo—su nombre a una calle de aquella capital, y, tres años después de su muerte, se publicó en Manila bajo el título *Homenaje a dos poetas* (el otro era José María García Collado) una colección de sus poesías. En ella las hay sobresalientes, tales: «A Miguel de Cervantes», «¡Adios, la navel», «Rima», «A ti», «La bandera española», y «¡Sed tengo!» (religiosa).

Y lo triste es que como tantas otras veces, cuando de poetas se trata, el homenaje póstumo tenía por fin principal llevar algún socorro a los hijos del celebrado vate.

Tierra bella y llena de poesía la nuestra, no es extraño que en ella se de los poetas, como se dan las flores y el aroma de sus frutos, pero procuremos que su recuerdo no perezca, como al deshojarse aquéllos y perderse su perfume. Conserve-mos sus obras. Reunámoslas.

JUAN A. MARTINEZ DE CASTRO

# EL TOBOSO

*«Un grupo de estudiantes proyecta una excursión al Toboso para visitar la casa en que vivió Doña Dulcinea».*

(De los periódicos).

En peregrinación sentimental y como homenaje a una de las más brillantes páginas de nuestra Literatura, los estudiantes manchegos van a realizar una visita al Toboso.

El hecho tiene en esta hora mundial alocada, plena de materialismo y presidida por el signo de la destrucción y la muerte, una avasalladora fuerza de atracción y una irresistible simpatía. ¡Siga el Mundo acometiéndose y disgregándose en la lucha más brutal y fratricida que conocieron los siglos; aumente la ola de rencor y de barbarie que hoy envuelve a la mayor parte de la Humanidad; continúe el odio ganando terreno y envenenando a los pueblos; que mientras, en un rincón de este remanso de paz que es España, iremos a rendir pleitesía al Toboso, el lugar que tuvo la alta gloria de dar al mundo a la ilustre Aldonza Lorenzo «moza labradora de muy bien parecer» y que por tauturgia espiritual tornóla en la sin par Dulcinea el ardiente genio del más loco y decidido de los Caballeros Andantes...! Con ello daremos al Mundo, una vez más, testimonio de nuestra prosapia espiritual y pruebas de nuestra inquietud enderezada a que la armonía y el amor imperen en el alma de las criaturas; noble afán este del que es buena muestra el escenario romántico del Toboso. Allí, el Amor venció a todos los sentimientos irascibles desde una vez en que fué preso y dió con sus huesos en la cárcel del lugar cierto hidalguelo trotamundos, con solo un brazo, que el otro lo había

perdido guerreando contra el infiel en las bravas galeras del gentil Don Juan de Austria. Sus horas de cautiverio en el horrible calabozo no le inspiraron venganza ni odio: soñó y dió vida a Dulcinea del Toboso, que había de ser musa de descornales aventuras con las que asombraría al Mundo el Soñador de la Mancha... Y legó a las generaciones futuras un símbolo, un motivo, una idea que ha dado bastante que hacer a la Historia y a la Fama: el quijotismo. Don Quijote simboliza a esa progenie de hombres que crió España y que en nombre de Dios y de la Justicia recorrieron todas las rutas del Mundo desfatiendo entueros, vendiendo agravios y en exaltación perenne de los más puros y altos valores espirituales. En reconocimiento de todo eso y como vasallaje a ese indeclinable imperativo de nuestro modo de ser, se realiza la excursión que comentamos.

De todo ello se desprende que, pese a los aires excesivamente cargados de egoísmo y cobardía que agitan al Mundo, propicios el desarrollo de las teorías sanchopancescas, nosotros seguimos afeerrados a lo clásico y aspirando las auras puras del quijotismo.

El Toboso no nos habla de odio ni de luchas fratricidas. Ante su contorno rústico, de casucas de siglos y molinos de viento en ruinas, no se comprenden las ideas que hablan de muerte y destrucción. Allí sólo se respira paz, serenidad, hidalguía; que no en balde fué aquel lugar crisol donde se fundieron los más valientes planes de reivindicación moral con la más pura interpretación del Amor.

JUAN MARTIMAR

## TINIEBLAS

*No serán mis pobres manos  
las que encenderán la lámpara...*

*Hace tiempo que partiste,  
sola y pálida,  
muy lejos de la amante  
y cariñosa mirada.*

*No llores;—me dijiste—  
si volveré mañana.  
Y enlazaste mi cuello con tus brazos  
y me abrazé a tu cuerpo que temblaba.  
Tú misma te acercaste  
y apagaste la lámpara,  
tal vez porque al besarme yo no viera  
el brillo de tus lágrimas.*

*A lo largo del sendero  
que la luna iluminaba  
sentí gritos pavorosos...  
Tú ya lejos caminabas*

*y no escuchaste mis voces  
que, hondas y trágicas,  
con un presentimiento de no verte  
te llamaban.*

*Hace tiempo que partiste  
sola y pálida...*

*Agazapado en las sombras  
de las noches enigmáticas,  
aguardo por si escucho  
el rumor de tus pisadas.  
Horrores de eternidad  
tienen mis pupilas extáticas,  
abiertas por tu ausencia  
tan triste y tan larga.*

*No serán mis pobres manos  
las que encenderán la lámpara,  
que la noche que te fuiste  
dejaste apagada.*

J. PÉREZ SOTO

# ESTAMPAS ALMERIENSES

## LA DEL VIEJO INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

No soy de los que opinan que no deben volverse a ver los lugares en que se deslizaron nuestros primeros años, para así conservar engrandecidos los recuerdos de cosas que en la realidad son insignificantes.

Parte de mi infancia, mi juventud y mi «Martir», surgen dulcemente ante mí cada vez que visito este Instituto de 2.º Enseñanza, y esta visión consuela en algo las amarguras de estos días de vejez, sin gracia y sin alegría. El escenario es el mismo; la misma luz y diríase que hasta el grupo de plantas del ángulo del patio, es aún aquel que había en mis años mozos.

En la concurrencia estudiantil, mayor cada curso, reina de nuevo la alegría de otros tiempos, pero también presenta algo que nunca esperábamos hallar. Nosotros, los idealizadores de la mujer, los que tuvimos la dicha de comprender el lema «Dios, mi Patria y mi Dama», los que nos engallábamos cuando otro hombre mirara a la dama que acompañábamos o en la que habíamos puesto nuestro pensamiento, por que la considerábamos como el complemento de nuestras almas de soñadores y para ello deseábamos vivir, encontramos anormal y absurda esta camaradería sin gentileza entre seres de sexos opuestos. También en los demás aspectos ha cambiado profundamente la manera estudiantil de ser: estos muchachos se ejercitan disciplinadamente y con toda corrección en los deportes extranjeros; nosotros éramos un peligro para la integridad física del transeunte cuando jugábamos a la pelota en la pared del teatro, en la de la Iglesia de San Sebastián o en el Jai-Alais, o tirábamos a la barra. Alguno se creía capaz de emular a Lagartijo, Mazzantini o al Guerra; por falta de hechuras no quedaba. En una cosa reconocemos nuestra inferioridad: de política sólo sabíamos que «mandaban otros» cuando la pareja de municipales y el farol del sereno que habían hecho guardia una temporada en la Plaza de los Olmos, se trasladaban a un portal de la calle del Cid, o de éste a otro de la de Gerona, o al número 2 del Paseo del Príncipe.

\* \* \*

Los muchachos forman grupos a las puertas de las aulas; acaso esperan a aquél catedrático de Geografía e Historia, correctísimo, sabio, justiciero

y puntual, en el que no se cumplía aquello de que la cara es el espejo del alma, pero que si no debía nada a la Naturaleza, era la bondad personificada. Se abre la puerta de Secretaría y por ella deben salir mi maestro de Latín, luciendo airosa capa con vueltos de terciopelo azul y rojo; el profesor de Retórica, vestido con chaquet de faldoncillos flotantes, o D. Luis Marín Arigo—el de las gafas— con su provisión de periódicos del día; y no faltará el menudo de cuerpo y buenísimo catedrático que estaba encargado de demostrarnos lo agradable y lo útil del conocimiento de la Psicología.

En un rincón del claustro, la portera reniega del Director por haber ordenado el encierro de algún endiablado zagalillo—¡ya se conocía que aquel señor nunca tuvo hijos!—. El hijo del conserje, era un ruidoso sempiterno, que se agenciaba «brevas» y paquetillos de a cuarenta, a cambio de las papeletas con buenas notas o del escamoteo de las que adjudicaban cates...

Hoy, la amabilidad del Oficial de Secretaría que ha sustituido al prehistórico, reumático y poco sufrido Sr. Real, me permitió visitar el ahora bien cuidado archivo, poniendo ante mí la documentación de cien años de vida estudiantil de la juventud almeriense; en lo mas alto del lado izquierdo del Archivo, el rótulo de la primera de las carpetas nos recuerda que en el curso actual se cumple el centenario de la primera reválida hecha en este Instituto, para obtener el título de Bachiller...

\* \* \*

Pues sí, yo he sentido gran complacencia en volver a ver el lugar por donde se deslizaran aquellos mis años juveniles y, repito, no puedo comprender cómo hay quien esto vedar quisiera. Se bien cuan hermoso es tener siempre en el corazón el cuadro donde viviéramos los años hoy tan lejanos. Tal cual era. Pero esto no quiere decir que hoy, si el azar nos lleva a ellos, no sintamos una alegría aromada de nostalgia al encontrarnos en presencia de lo que nos revive aquel tiempo tan grato ayer, y tan llorado hoy...

Cada vez que visito el Instituto, siento como si el pasado resucitase, y hasta me parece oír las voces de aquella alegre muchachada. Voces que me me saludan desde los rincones donde el eco le dió morada, y que están esperando una evocación sentimental para decirnos que ellos también lloran la muerte del ayer...

F. MANZANO DE CASTRO

# Actualidad del futbol español

## ESCASEAN LOS VALORES NACIONALES

El encuentro de futbol España-Portugal está cerca. ¿Qué papel harán los españoles frente a la selección lusa? He aquí una pregunta que se presta a inquietud y desasosiego. El seleccionador nacional, Sr. Pasarín sigue presenciando encuentros de Liga y tomando nota de jugadores para citarlos en su día. Se ha celebrado ya un encuentro entre preseleccionados. Su efectos fueron los siguientes: Que contamos con una barrera defensiva francamente buena, capaz de anular el juego peligroso y oportuno de Peyroteo. Que la línea media es floja, y por lo tanto está sin decidir, existiendo solo la certeza de contar con un hombre, un hombre que no puede faltar, porque es norte y guía del equipo, remedio y bálsamo en la hora difícil y minutos de desaliento. Es Ipiña. Otra gran incógnita para el equipo español es el delantero centro, problema que plantea la lesión de Zarra. No hay ariete de la clase y juego del bilbaino; su juventud, precisión, limpieza y toque de balón, sobre todo con la cabeza, dan a éste un valor y una personalidad propia y muy difícil de sustituir. Mundo no está en forma y Martín tendría que adquirirla. Pensar en otros jugadores, es probar y hacer experimentos, y no es ocasión de ello.

Realmente no tenemos equipo nacional perfectamente definido. Todos los encuentros internacionales, celebrados después de nuestra Cruzada, re-

sultaron meros estudios para llegar a la formación del conjunto. Y esto, la verdad sea dicha, aun no se ha conseguido. Escasean los valores nacionales, es otra gran verdad; la inactividad en los años de la guerra y la ausencia de varios de los jugadores internacionales de clase, destrozó nuestro futbol nacional. No obstante, España puede conseguir en poco tiempo un equipo de gran altura, un «once» que recuerde a aquel que se impuso en Amberes y alcanzó uno de los primeros puestos en Milán. Ciertamente que para llegar a esto hay mucho que hacer, pero si se quiere, se puede.

Es difícil vencer a Portugal en tierra lusa y en su mejor momento, ¡como nunca, señores! Esto que no lo pierda de vista la afición. Mientras que el equipo portugués se entrena y capacita de una manera entera y decidida, bajo una disciplina férrea y bien metódica, para la contienda, los jugadores españoles andan de campo en campo defendiendo cada uno los colores de su equipo. Luego serán recluidos, unos días antes, —muy pocos, como es costumbre—, y querremos pedir a nuestro conjunto una honrosa victoria, cosa que no puede conseguirse sino gastando de nuestra clásica furia hispánica, impetu, brio y entusiasmo sin par. Pero que nadie lo dude: pese al sobrado optimismo reinante en la nación vecina, ganaremos.

EME-ERRE

## Balneario San Miguel

### La Playa de Moda

# SELECCIONES

PAPELES DE TODAS CLASES



TALLERES TIPOGRAFICOS



OBRAS Y REVISTAS DE LUJO

Paseo de Santa María de la Cabeza, 28 :-: Telf. 76171

M A D R I D



— Imp. E. ORIHUELA —  
Juan Lirio, 26 - Telf. 2107  
— ALMERIA —

2,50 Pesetas